

JOSEFA LETECHIPIA DE GONZALEZ.



LA OFRENDA.

A la memoria de la señorita Doña Josefa Badillo.

¿Quién pudiera en tu sepulcro,
Amiga nunca olvidada,
Verter el amargo lloro
Que tu recuerdo me arranca?
Hoy se pierden en la arena
De esta vega solitaria
Lágrimas del corazón,
Lágrimas que brota el alma.

Si en esta tumba querida
Do tus cenizas descansan
Cayeran una tras otra,
No sintiera derramarlas;
Como no siente el rocío
Brillar en marchitas dalias,
Y sí hundirse para siempre
De una roca entre las abras.
Si al menos dado me fuera
Colocar una guirnalda
Sobre el mármol que insensible
Mis sollozos escuchara,
Allí se deshojaría
La que mi amistad consagra
A la memoria mas tierna,
A la lira en que llorabas
Los tormentos de una vida
Desde su aurora eclipsada,
El tedio cruel de existir
Sin contentos ni esperanzas.
Ofrenda que mi cariño
Formó con la débil rama
De un laurel que entre cipreses
Melancólico enseñaba
Sus hojas amarillentas
Entre las que se enlazaban
De la yedra trepadora
Flores bellas, delicadas.
Corona que es para mí
Imágen de aquellas gracias

Que apenas muestran su hechizo
 Cuando se miran ajadas.
 Tu juventud fué la flor,
 Al abrirse, mutilada
 Por el famélico insecto
 Que su cáliz ocultaba.
 ¿Quién vió sus bellos matices
 Alegres? ¿quién vió sus galas
 Ostentando el atractivo
 Que á los céfiros embriaga?
 Aquellos aparecieron
 Macilentos, doblegada
 La hermosa, gentil corola
 Que en el tallo se elevaba.
 ¿Quién la miró sonreirse
 Con la sonrisa del alba,
 Ni del magnífico sol
 A la fecunda mirada?
 Alguna vez un suspiro
 Oyó la luna plateada,
 Suspiro en que la ofrecia
 Su pura, suave fragancia.
 Así en las noches serenas
 Tenués, muy tristes sonaban
 Las patéticas canciones
 Que á los cielos elevabas;
 Y sus doloridos ecos
 Mi corazon penetraban
 Grabando en él para siempre
 Las penas que devorabas.



JOSÉ MARIA LOZANO.



DESENGAÑO.

Loco de amor y de esperanzas lleno,
 Ciego corrí tras la ilusion que un dia
 Sentí brotar de mi anhelante seno
 Y arrebatár mi ardiente fantasía.

Era ver asomar por el Oriente
 La luz hermosa que el zafir colora,
 Cuando al salir el sol baña su frente
 De resplandores la radiante aurora:

Era en la tarde del ardiente mayo
Ver ese cielo rico de colores,
Y el sol hermoso en lánguido desmayo
Arrojar sus postreros resplandores:

Contemplar en la cándida mañana
De abril florido, en silencioso prado,
Una flor hermosísima y lozana
Que dá al aura su aroma regalado:

Escuchar la dulcísima armonía,
Música celestial que á los oídos
Vierte á torrentes suave melodía
Y regala tiernísimos sonidos:

Era extasiarse contemplando el cielo
Al través de cristales encantados;
Era elevarse del mezquino suelo
A esa region de mundos estrellados:

Soñar en un hermoso paraíso,
Vivir en un eden de ricas flores;
Pasar la vida en perezoso hechizo
En brazos del placer y los amores.

¡Y todo era ilusion! ¡todo mentira!
Vino la realidad con mano ruda,
Y al triste corazón que así delira
Mostró inclemente la verdad desnuda.

Perdió ese sol su resplandor fecundo,
Perdió ese cielo su inefable encanto,
Y volvíme á encontrar en este mundo
Solo con mi dolor y mi quebranto.

Torné los ojos á la selva umbría,
Fijélos en el prado y en sus flores,
Y si algo su hermosura me decia,
No era ya de placeres y de amores.

Era que la ilusion se habia perdido
Como se pierde en la aura vagarosa,
Del moribundo el postrimer gemido,
Ultimo adios de su ansia congojosa.

Perdió la vida las hermosas galas
Que le vistió la ardiente fantasía,
Y triste el corazón, plegó las alas,
Y de amor y entusiasmo no latia.

Pasad, huid, pintadas ilusiones,
En mi ardorosa juventud nacidas;
Pasad y no volved, blancas visiones,
Tan blancas, ¡ay! pero tambien mentidas.

Pasad, sueños, pasad; mirad mi frente
Rugada y abatida, y que en mis ojos
Ni una lágrima queda que clemente
Calme del corazón tantos enojos.

No atormenteis con vuestra cruel memoria
 Estas horas de pena y agonía:
 Murió la luz que os revestia de gloria;
 Era la luz de la esperanza mia.

Luz que mis pasos vacilantes guiaba
 Y allá á lo lejos fulguraba pura;
 Un porvenir hermoso me pintaba,
 Y era solo mentira esa pintura.

¡Una mujer! vision encantadora,
 Aérea figura que forjó la mente,
 Bella como la luz con que la aurora
 Brilla al salir por el rosado Oriente:

Yo te amé, sí, te amé como se ama
 Al ángel tutelar que nos asiste;
 Como amo al sol, cuya sagrada llama
 De hermosa luz al universo viste.

Así vestiste tú mi fantasía,
 Y sentí que atrevido el pensamiento,
 En estrecha prision se revolvia,
 De loca gloria y de ambicion sediento.

Volcánica pasion ardió en la mente,
 Brotó la inspiracion, y en mi locura
 Lauros soñé con que adornar tu frente,
 Lauros de gloria inmarcesible y pura.

Era ¡infeliz! que en la ilusion creyendo,
 Imágenes hermosas me pintaba,
 Y ansia de gloria el corazon sintiendo
 A sus sueños de gloria se entregaba.

Hoy de ese afan que fecundó mi vida
 No quedan mas que míseros despojos;
 Solo ha dejado la ilusion perdida
 Vacío en el corazon, llanto en los ojos.

Te dí, mujer, mi corazon ardiente,
 De santo amor y de esperanzas lleno;
 Yo le puse á tus piés humildemente,
 Tú le arrojaste sin piedad al cieno.

¡Pobre dádiva! es cierto; mas no hallaba
 Otra mejor, porque otra no tenia;
 Con mi pobreza y mi ambicion luchaba,
 Mi ambicion y pobreza te ofrecia.

Si soñé alguna vez con los palacios,
 Si ambicioné tener riqueza y galas;
 Si vagó por espléndidos espacios
 Loca la mente en relucientes alas;

Si el porvenir magnífico y la vida
 Miré sembrada de pintadas flores,
 Era que el alma loca y atrevida,
 De amor ansiosa, deliraba amores;

Pasó, pasó ese sueño.... vino horrenda
 A oprimirme cruel la triste duda;
 Despues al despertar cayó esa venda,
 Y ví, palpé la realidad desnuda.

¡Qué queda ya del mundo en que vivia?
 ¡Del mundo que forjara en mis antojos?
 Tristeza y opresion en la alma mia....
 Vacío en el corazon, llanto en los ojos.

1850.



JUAN N. NAVARRO.



LAS ORACIONES.

¡Reina del Anahuác, con qué grandeza
 Alzas al cielo tu sublime frente,
 Cuando corona el sol desde Occidente
 Con sus últimos rayos tu cabeza!

Entre el blando vapor de niebla pura
 Relumbran tus veletas elevadas,
 Como joyas brillantes y preciadas
 Que engalanan tu rica vestidura.

De tosca piedra desde el duro asiento
Te contemplo á lo lejos embebido,
Mientras de insecto vil suena en mi oído
El rumor triste al suspirar del viento.

Bañan mi faz los tibios resplandores
Del astro rey que tras los montes arde,
Y respiro en la brisa de la tarde
El suavísimo aroma de las flores.

Del cementerio triste y silencioso
Canta una ave en el muro solitario,
Y el álamo sombrío y funerario
Responde con murmullo misterioso.

El cuervo con monótono graznido
Hacia el fresno elevado ansioso vuela,
Y la doliente tórtola revela
Su penar con arrullo dolorido.

Mas de repente, trémulo se eleva
De la ciudad, un cántico sublime,
Que con acento religioso gime,
Que la oracion del hombre, hasta Dios lleva.

Todo enmudece Son las oraciones
Plegaria melancólica y divina;
Parece que la estrella vespertina
Se estremece, á las graves vibraciones.

¡Dios de la inmensidad! tambien yo entono
Débil accion de gracias con fe intensa,
A par del himno que con voz inmensa
Eleva la creacion ante tu trono.

Yo, mezquino mortal, tambien te imploro
A tí, á quien mi gemido no importuna,
A tí, que velas ora de la luna
La frente virginal con gasa de oro.

¡Las oraciones son! En un instante
Cambió la escena que admiraba mudo:
¡Lámpara de la noche! te saludo;
¡Salve mil veces, astro rutilante!

Mas el himno espiró; ya su armonía
Ansioso quiere repetir en vano
El eco sordo con rumor lejano,
Del bosque espeso en la extension sombría.

Cesaron los dulcísimos conciertos
Que entre las tumbas graves resonaban,
Que con soplo vivífico animaban
Las heladas cenizas de los muertos.

Tal vez un hijo, arrodillado ahora,
Y una urna entre sus brazos estrechando,
Repite una y mil veces sollozando
El nombre de la madre á quien adora.

¡Hijo dichoso! tu tesoro cuida,
 Enciérralo en tu pecho, en tus entrañas;
 Esas cenizas que con llanto bañas,
 Son mas que el mundo todo, son.... tu vida.

Mas yo, ¡madre de mi alma! yo el veneno
 Del dolor, lento apuro en copa odiosa,
 Y no me es dado orar sobre tu losa,
 Ni tu polvo apretar contra mi seno.

Yo, en la tierra cansado peregrino,
 Sin tu sombra amorosa que me abrigue,
 Ni encuentro fuente que mi sed mitigue,
 Ni hallo una flor sembrada en mi camino.

Ven, pues, á consolarme; sí, descende
 De la mansion eterna donde moras;
 Desplegando tus alas brilladoras,
 Tu vuelo de ángel por el éter tiende.

Adormirás con grata melodía
 A tu hijo, que vela al son del llanto;
 Abrazados los dos, en amor santo
 Confundirás tu alma con la mia.

Y tal vez, de la cárcel solitaria
 Do en vano busco apetecida calma,
 Un dia volará contigo mi alma,
 Al sonar de la tarde la plegaria.



FERNANDO OROZCO.



LA TRISTEZA.

Palpé la realidad y odié la vida.
 ESPRONCEDA.

Alma deidad, dulcísima tristeza,
 Unica compañera de mi vida,
 Ven y consuela el ánima afligida;
 Dulce tristeza, ven.

Al ver en tu semblante la sonrisa
 Amarga del dolor, cesa mi duelo;
 Ven á mis brazos, diosa del consuelo,
 Ven á mis brazos, ven.

Al reclinar mi sien contra tu pecho,
Mi agitacion continua desaparece,
Tu sosegado aliento me adormece,
Y late con quietud mi corazon.

El lúgubre compás de tus canciones
Esparce sobre mí, dulce beleño,
Y entre tus brazos entregado al sueño,
Olvido mi afliccion.

¿En dónde hallar placeres ni reposo,
Si ya del mundo conocí el engaño,
Si he visto por mi daño
Que todo es falsedad, todo ilusion?

Bajo las flores que en el prado lucen
Se arrastra la culebra ponzoñosa;
Dentro el mórvido seno de la hermosa
Se oculta la perfidia, la traicion.

Predica la virtud el sacerdote
E hipócrita sus leyes él quebranta,
Y amistad invocando sacrosanta,
Vende un hombre el secreto que arrancó.

Proclama libertad el poderoso
Para cargar al pueblo de cadenas,
Y el rico ve con frialdad las penas
Del mendigo que implora su favor.

¿Adónde, adónde hallar por todo el mundo
Esa felicidad que el hombre sueña,
Cuando ciego desdeña
La virtud, el amor y la amistad?

¿Cómo poder vivir entre esa turba
Que buscando la dicha la desprecia,
Entre esa turba criminal y necia
Que ha llenado mi vida de pesar?

Dulce tristeza, si en tus yertos brazos
Se pasara mi vida,
Y el alma con tu sueño adormecida
Otro mundo encontrara al despertar;

Pasara mas dichoso mi existencia
Que buscando afanoso la ventura,
Para gozar momentos de dulzura
Que se pagan con siglos de penar!

¡Ah! no te apartes, ven; contra tu seno
Estrecha el seno mio;
Con tus caricias calma el desvarío
Que sin cesar agita mi razon.

Dulce sueño me da, y en tu regazo,
Seré una vez feliz, que adormecido,
Del pensamiento borrará el olvido
Las huellas del placer y del dolor.

Arrulla con tu canto melancólico
 Al alma triste, de sufrir cansada;
 Apague el frío de tu mano helada
 El fuego en que arde mi abrasada sien.

Ven, y en tu seno verteré en silencio
 Mi inagotable llanto;
 Ven á calmar piadosa mi quebranto;
 Dulce tristeza, ven.



MANUEL OROZCO Y BERRA.

A MI MADRE.

Desde el punto en que suspiro,
 Solo en tí el pecho confía. . . .
 ¡Te amo tanto, madre mia!
 Oye el doliente suspiro
 De la oculta pena mia.

Pensativa la luna y silenciosa
 Como la amante que á su bien espera,
 El espacio recorre tan hermosa
 Cual ensueño de amor. Unos celajes
 De lúgubre color y orlas de plata,
 En los brazos del viento conducidos,
 Ocultan por instantes su faz bella,
 Que luego reaparece;
 Mas se allega otra nube y la oscurece.